

PARTIÓ FERNANDO

Cuando se va un amigo parte con él la amistad y se va una historia.
Porque él supo armar otra universidad, se lleva su historia, la de un trabajador.
Para el que tenga antenas a captar lo de esta tierra bajo este cosmos.

Fue Rector y se llevó así nomás la idea de otra universidad, una academia científica, literaria, poética y fílmica que entusiasmaba estudiantes y docentes; hasta los pájaros vinieron a entonar los susurros de su voz. Llegaron de puro aburridos en plazas, iglesias y mercados de buscar miguitas a juntarse con artistas en los patios y pusieron música en las aulas.

Se fue el hombre electo Rector por discípulos, profes y secretarias, los puso con esfuerzo a pensar, discutir, crear y a las ciencias. Nos estimuló a nosotros, los curiosos aficionados y enamorados de la ciencia a la buena cosa de dudar también. Cuando muchos campos de la ciencia parecían tener todas las respuestas sin cuestionar suposiciones, nos exigió una actitud de continua crítica ante problemas sin resolver y a un nuevo esfuerzo por el serio escepticismo con todas las controversias esenciales para la salud de una buena ciencia sin censura de arzobispos de color amoratado.

Y en ese hogar escuela de encantamiento nos dio la sensación que todos vivimos juntos sobre el planeta, nos hizo ver cosas vividas y otras por vivir sin temor. Pudimos comprender que en el planeta hay alegrías, hay justa indignación, abusos, esperanzas y miradas que por ser tan distintas son por lo mismo similares a las nuestras. También convocó al periodismo como la vía para contar lo que es imposible callar, como dijo García Lorca.

En esta tierra donde había prevalecido —en nuestro sub-desarrollo— buscar minerales en las rocas para venderlos, Fernando pudo iniciar una antropología nativa que aquí no existía, para que el hombre buscara su origen en las entrañas de la ciencia y moviera sus cabriolas en la música, y la danza del país trayendo el teatro de Mónica para quedarnos apenas un minuto imborrable en el cine y la poesía.

Con él aprendimos que el futuro se esculpe con nuestro sudor y discutiríamos a calle limpia sin los temores de nuestro país parroquial y cómo los pobres podrían solicitar su tajada y procrear un país nuevo con la estrategia exclusiva de ustedes las mujeres, para hilar.

Se va lo inesperado, el abrazo paterno y la sonrisa mayor
que se lleva con sus arquitecturas de esdrújulas
porque todo lo hizo con amor y el amor de armar
las casas para nosotros vivientes.

Lo vi llegar a las tierras de Tejas, el Oeste llamaba con pistolones y cantinas.
Venía a operarse y le operaron algo de la manzana de Adán.
Quedó bien aunque se quedaron con su voz.
Y en mi casa se le cayó el azucarero, explotó y mil trocitos de la loza
de Oriente se esparcieron contra el suelo.
Se llevó del azucarero su sembrado a la mesa, con sus manos-arte de trabajador
tomó los trocitos y compuso uno nuevo con sus mosaicos liberados
colectados por él y con un pega-pega armó uno nuevo
uno que traía su cariño de Rector y urbanista.
Cariño que siempre le brotaba tras toda caída que convertía todo golpe
en la mesa, la oficina o La Reina armando de toda cosa una nueva.

Cuando se va un amigo se lleva una historia,
se va una amistad, con él partió el té y la terraza.
Se lleva el azucarero reparado con sus mosaicos
liberados al caer, colectados por él y un pega-pega
que traía de su cariño de Rector y urbanista.
Cariño que brotaba en toda caída desde la mesa de esta vida
por otro azucarado golpe.

George E. Swaneck, Julio 18 2013.

George